



Las Aventuras de Ladybug

Despair Bear



ZAG
HEROES
Miraculous™

Las Aventuras de Ladybug

Despair Bear



Planeta Junior

Miraculous™ is a trademark of ZAG™ – Method™.
© 2016 ZAGTOON™ – METHOD ANIMATION™ – TOEI ANIMATION –
SAMG – SK BROADBAND – AB INTERNATIONAL – DE AGOSTINI
EDITORE S.p.A. ALL RIGHTS RESERVED.

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2019

Texto y maquetación: Delivering iBooks & Design

ISBN: 978-84-08-20208-0

Depósito legal: B. 114-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Hoy es un día especial en el instituto Françoise Dupont, y es que el padre de Marinette, Tom, va a impartir una clase de pastelería. Su mujer y él, que tienen su propia panadería en la planta baja de su vivienda, son expertos en especialidades francesas, tanto las clásicas *baguettes* como los exquisitos *macarons* y todo tipo de dulces y tartas.

La tutora del curso, la señorita Bustier, ha dejado que Tom se instale en



su mesa, y el pastelero ha dispuesto en ella los ingredientes que necesita, como harina, azúcar, nata y chocolate, además de utensilios como boles, un rodillo y varillas.

Marinette y sus compañeros de clase rodean a Tom y escuchan con interés sus explicaciones mientras observan cómo trabaja.

—Voy a contaros un secreto —les dice Tom—. Siempre añado nata al chocolate para suavizar la textura de la *ganache*. Y luego lo dejo reposar un minuto.

—Me encanta cuando tu padre nos da clases de pastelería —le susurra Alya a Marinette, mientras graba a Tom con el móvil.

—A él también —le asegura su amiga.

—¿De verdad piensan que me voy a ensuciar las manos cocinando como si fuera una criada? —le dice Chloé a su amiga Sabrina con desdén—. Si quiero un cruasán, ¡se lo pido a mi mayordomo!

—No está haciendo cruasanes, Chloé. Eso son *macarons* —le aclara Rose, que está de pie a su lado.

—Hay que mover rápido la muñeca, ¡pero no muy rápido o podríais salpicaros! —les explica Tom mientras remueve con energía la masa que ha vertido en un bol metálico.

—¿Y ensuciar mis pantalones de Chenal? ¡Será una broma! —exclama Chloé.

Tom les muestra el contenido del bol.

—Fijaos en esta emulsión —dice.

Excepto Chloé, todos los estudiantes admiran la mezcla.

—¡Preciosa! —dice Rose.

Marinette observa a Chloé, que se aleja del grupo con disimulo para hacer una llamada.

Mientras, Tom continúa con su clase práctica.



—De acuerdo. Ahora se debe refrigerar una media hora —explica—. ¿Marinette?

La muchacha se sobresalta al oír su nombre. Estaba distraída observando a Chloé.

—¿Sí, papá? —contesta algo apurada.

—¿Puedes dejarlo en el frigorífico de la cafetería? —le pide Tom—. Bien, ahora enseñaré a tus amigos cómo batir las claras.

—Desde luego —responde la chica.

Chloé vuelve al grupo. Marinette abandona la clase con el bol entre sus manos y, una vez en el pasillo, su kwami Tikki sale del bolsito de la joven.

—¿Puedo probarlo? —le pregunta.

—¡Aún no, Tikki! No seas goloso y contrólate —le dice Marinette con una sonrisa.

De repente, se dispara la alarma de incendios del instituto. El ruido es ensordecedor.

—¡Venga, escóndete! —apremia Marinette a Tikki, que no puede ser descubierto.

El kwami se oculta bajo la chaqueta de la joven. Al poco rato, se abre la puerta del aula de Marinette y empiezan a salir todos sus compañeros.

Chloé es la primera. Cuando pasa por al lado de Marinette le lanza una mirada altiva muy poco amistosa.



—¡Tranquilos! ¡Id saliendo todos en fila!
—ordena la señorita Bustier.

Tom también abandona la clase. En sus manos, lleva el bol con las claras a medio batir.

—Espero que sea un simulacro —le comenta a su hija.

Pero Marinette no le presta mucha atención; se ha quedado mirando a Chloé con el ceño fruncido. Cuando todo el mundo está reunido en el patio, aparece el director del centro, el señor Damocles, acompañado de un bombero.

—Algún listillo ha tenido la brillante idea de llamar a los bomberos, pensando que sería divertido hacerles perder su tiempo —les cuenta.

Todos se miran entre ellos, sorprendidos. Marinette advierte que Chloé es la única que no se inmuta ante lo que



está pasando. Ahí está ella, tan tranquila, limándose las uñas.

—Bien, si no le importa, yo... —le dice el bombero al director, con intención de irse.

—¡Espere! —lo interrumpe este—. Me gustaría que antes de marcharse el culpable le pidiera perdón.

—Creo que fue Chloé —le susurra Marinette a Alya—. La vi hablando por teléfono antes de que sonara la alarma.

—Que la vieras hablando no es prueba suficiente —le hace ver su amiga.

Marinette está segura de sus sospechas, pero sabe que Alya tiene razón.

—Señor Damocles —dice entonces Chloé, alzando la mano.

Todos la miran extrañados.



—¿Señorita Bourgeois? —le dice el director, instándola a hablar.

—Vi a una alumna salir de clase justo antes de que saltara la alarma. Tal vez fue ella —declara Chloé con una mirada maliciosa.

—¿Ah, sí? Y ¿quién era? —le pregunta el señor Damocles.

—Creo que la conoce. ¿Algo que decir, Marinette Dupain-Cheng? —añade Chloé dirigiéndose a Marinette.



Marinette se queda paralizada mientras los demás ahogan un grito de sorpresa.

—Marinette, ¿tienes algo que decirle al jefe de bomberos? —le pregunta el señor Damocles, que ni por un instante pone en duda la palabra de Chloé.

—Disculpe, señor, pero no puede haber sido ella. ¿Por qué iba a interrumpir a su propio padre? —la defiende Adrien.

—Yo sé con certeza que Marinette ni siquiera llevaba su teléfono móvil cuando salió de clase —añade Alya.

Marinette respira aliviada y mira agradecida a sus dos amigos.

—Señor Damocles, yo tengo que irme... —balbucea el bombero.

—Un momento —lo vuelve a interrumpir el director—. Estamos muy cerca de saber la verdad.

El bombero no se atreve a marcharse.

—Desde luego no he sido yo —suelta Chloé con una sonrisa insolente.

—No voy a dejar que se salga con la suya —comenta Marinette a Alya—. Voy a decir...

—Pero, Marinette, no sabemos seguro si ha sido ella —le susurra Adrien al oído, poniéndole una mano en el hombro.

Al notar la cercanía de Adrien, Marinette se estremece y el corazón le da un brinco.

—Cierto —coincide Alya—. Sería ponerse a su nivel.

Alya observa a Chloé, que apenas disimula una sonrisa de satisfacción. Está segura de que Marinette tiene razón, pero no pueden acusar a Chloé sin pruebas, y más teniendo en cuenta que es la hija del alcalde y que siempre suele salirse con la suya.

—Eh, tengo que irme —insiste el bombero al director—. Si descubre quién ha sido, llámeme.

—Espere un poquito —le pide el señor Damocles, cerrándole el paso con el brazo. A continuación, se dirige a sus alumnos—: Ya que nadie da la cara, he decidido castigaros a todos.

—¿Qué? ¡Eso es absurdo! —protestan los estudiantes.

—¡¿Qué?! No creo que mi padre vaya a tomarse muy bien que me castiguen sin ninguna prueba —dice Chloé sacando el móvil.



—Oh, no hay por qué molestar al alcalde. Todos castigados, excepto la señorita Bourgeois —rectifica el director.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! ¡Es injusto! —murmuran todos.

—Eso está mejor —dice Chloé satisfecha.

—Así aprenderéis a no hacer perder el tiempo a los bomberos —sigue el director.

El agente por fin ve el momento de irse. A regañadientes, los estudiantes van a buscar



escobas y trapos para limpiar la escuela, que es parte del castigo impuesto.

—¿Ves lo que ha pasado? —le comenta Alya a Marinette.

—Claro... Adrien me ha hablado al oído —contesta Marinette con una sonrisa boba.

—¿En serio, Marinette? —dice Alya.

Mientras un grupo de alumnos empieza a barrer el patio, Chloé se sienta en un banco y se pone a escribir en el móvil.



